

DISCURSO INAUGURAL
LEÍDO EN LA
SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1929 A 1930
ANTE EL CLAUSTRO
DE LA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA
POR EL DOCTOR
EDUARDO FONTSERÉ Y RIBA
CATEDRÁTICO
DE LA FACULTAD DE CIENCIAS



BARCELONA
Núñez y C.^a, S. en C.^a - S. Ramón, 6
Teléfono 17035
1929



07.13965

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1929 A 1930

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL DOCTOR

EDUARDO FONTSERÉ Y RIBA

CATEDRÁTICO

DE LA FACULTAD DE CIENCIAS



BARCELONA

Náñez y C.^ª, S. en C.^ª-S. Ramón, 6

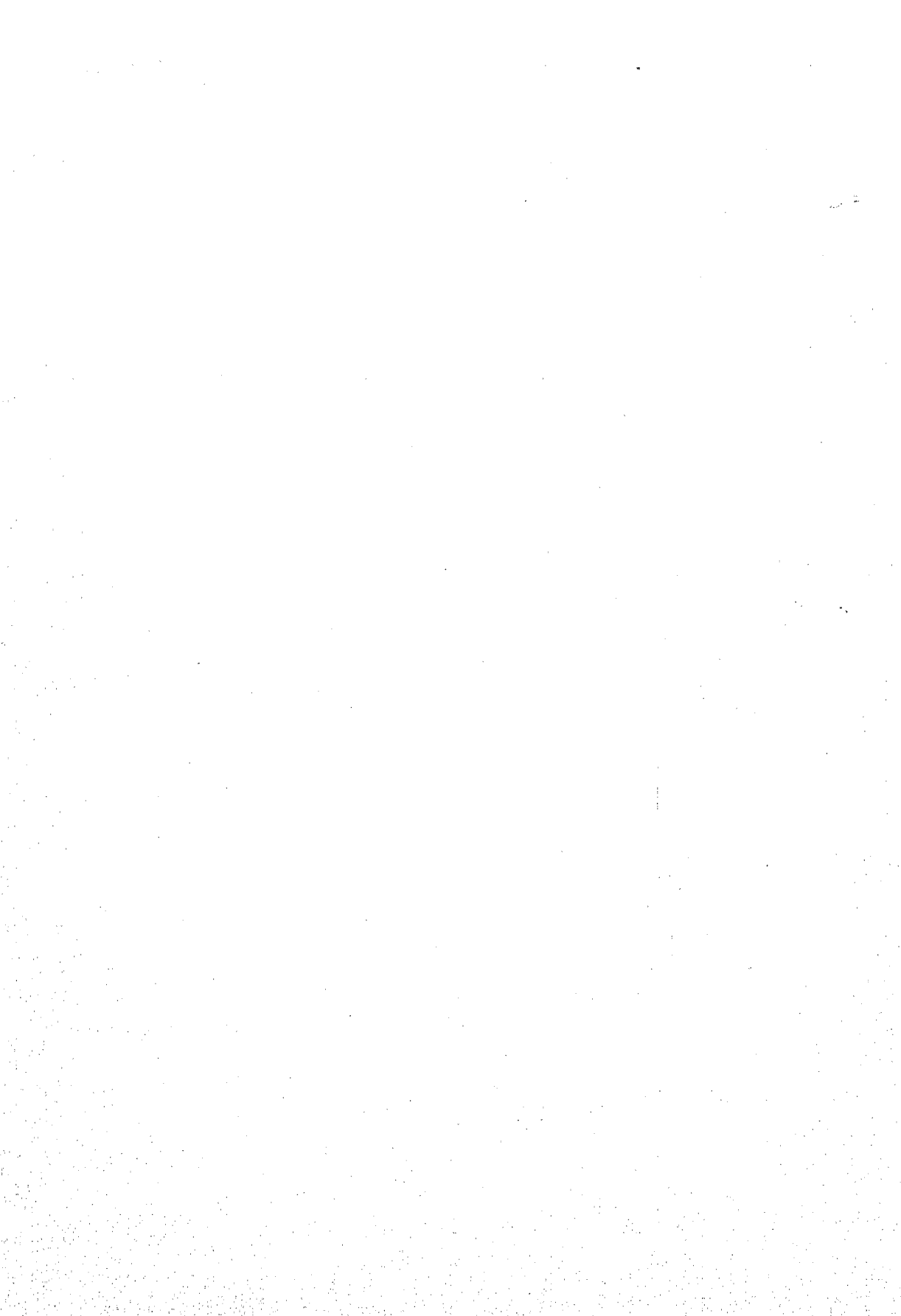
Teléfono 17035

1929

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701420296



EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES :



EL mandato de mis superiores, a que no pude substraerme, me obliga a dirigiros hoy la palabra y a daros motivo de descubrir, precisamente en una ocasión tan solemne, que no son los de la elocuencia los derroteros por los cuales Dios me ha llamado, ni es tampoco empresa apropiada para mí la alta visión de los problemas docentes, con cuya exposición otros más idóneos que yo hubieran podido deleitaros.

Y así, entre aquel mandato y esta tortura, y presuroso de no dejar para el final la parte más importante—la única importante—de mi discurso, empezaré por donde otros acaban, que es pidiéndoos perdón por adelantado y resignando en el buen deseo de los que me han encargado la oración inaugural la responsabilidad que por la insignificancia de la misma pudiera corresponderme.

Porque he de confesaros que mi primera duda está ya en la significación misma del acto que se celebra. ¿Qué es lo que inauguramos? ¿Un año más en la serie lenta y anónima de los años académicos? ¿La marcación de un nuevo punto cero en la escala interminable de las rutinas escolares, a partir del cual se repetirá una vez más la cuenta de las horas, de los días y de los meses en que se irá deshilvanando durante otro curso la explicación de los

programas de cátedra? ¿O es, por el contrario, el comienzo de una nueva vida, que pugna ya por abrirse paso después del forzado reposo de las vacaciones veraniegas y del silencio de nuestra juventud?

Hay que reconocer que si en este punto tuviéramos que razonar por experiencia, la de los pasados lustros no sería demasiado alentadora. Si prescindimos de algunas ventajas materiales, puramente externas a las satisfacciones del espíritu, es ciertamente trágico el caso de la Universidad de Barcelona. Por una parte, limitada por la legislación a desempeñar un papel secundario que la reduce a la enseñanza de las licenciaturas en Facultad y la subordina a otra Universidad en todo lo que concierne a los Doctorados, que es lo mismo que decir en todo lo que afecta a su propia orientación y a su personalidad científica, y por otra parte, aislada moralmente del ambiente que la rodea, como enquistada en medio de un pueblo que apenas se preocupa de ella, porque no le presume otra finalidad que la concesión de los títulos oficiales necesarios para el ejercicio de determinadas profesiones, muy difícil parece que pueda remontar el vuelo a gran altura.

Por fortuna, el mal no reside tanto en los componentes de la Universidad misma—y me refiero por igual a profesores y a alumnos—como en esas circunstancias que le sirven de marco; circunstancias adversas, pero seguramente pasajeras. En el fondo, para nosotros, el problema universitario no es más que una fase fragmentaria de la innegable crisis actual de toda la intelectualidad del país, y su solución no depende más que en mínima proporción de los elementos docentes. Deber de éstos es, por cierto, abrir el camino a las jóvenes inteligencias para que logren alcanzar los grados más elevados del saber; pero es deber de la sociedad no ahogar en el vacío a las Universidades despectivamente llamadas de provincias, ni dificultarles aquella libertad de orientación que fué siempre la principal prerrogativa de cuantas logra-

ron influir de una manera eficaz en el progreso y en el modo de ser de su patria.

Entre nosotros, y aun en las condiciones actuales, grupos aislados logran constituir temporalmente, en torno de catedráticos entusiastas, pequeños núcleos donde se trabaja en silencio, aspirando a una cultura superior ; pero la existencia de esos núcleos, cuando no es efímera, se encierra en un círculo reducido.

Múltiples tentativas hemos presenciado, de algunos años acá, para sacar a la Universidad de esta situación lamentable. No citaré entre ellas la que se llamó autonomía universitaria, porque ya al nacer vino rodeada de distingos y de recelos, no siendo los últimos en asustarse de su obra, y en desvirtuarla por fin cuanto pudieron, los mismos que la habían implantado. Pero sí he de mencionar, entre los esfuerzos mejor dirigidos, la fundación de nuestra Junta de Becas, que superando el sentimiento de la mera beneficencia, en el sentido vulgar de la palabra, sostiene con su actuación vigilante y continua el nivel de una parte selecta de nuestra juventud escolar. También deben citarse en primera línea algunas instituciones y asociaciones en apariencia independientes, pero moral y personalmente unidas a ciertas cátedras, en cuya fundación han sido maestras, sobre todo, las Facultades de Filosofía y Letras y de Medicina. Y más aún hemos de aplaudir la obra paciente, hasta hoy más rica en gestiones y en propaganda que en éxitos, en favor de la implantación de nuestros doctorados, porque ella es el primer paso para toda resurrección universitaria estable y efectiva, puesto que es en el período del doctorado, en la génesis y preparación de sus tesis, sin otros límites que la tradición de la propia escuela y el estudio atento de las escuelas ajenas, pero sin supeditarse a ellas, donde podrá nacer un sentimiento universitario cuyo alcance vaya más allá del círculo de la utilidad profesional. En la urgencia de esta necesidad han coincidido siempre nuestras autoridades académicas y nuestro profesorado, pero muy especialmente nuestro actual Rector, Doctor

Díaz, que ha hecho de la cuestión de los doctorados uno de los puntos fundamentales de su política rectoral, y que, con constancia poco común, la viene anteponiendo a todas las otras mejoras que para esta Universidad reclama.

Estos ejemplos, más por la intensidad de las voluntades que revelan que por su inmediata trascendencia práctica, bastarían para que no nos entregáramos al pesimismo. Ellos son el manantial permanente de estímulo que fluye oculto bajo las apariencias de inmovilidad y de marasmo, y a su sombra se irá sosteniendo el intercambio de ideas de que nacerá la Universidad de mañana. Cuando ésta surja y pueda responder de sí misma, no sólo con una personalidad administrativa o jurídica, que poco dice, sino con una personalidad científica integral y plena, no será a buen seguro el medio ambiente, hoy tan inhibido, el elemento menos propicio y adicto. Avances de esta esperanza existen, y puede citarse entre ellos la munificencia de las corporaciones y de los particulares fundadores de becas, y, en un sentido más concreto, la de la Excma. Diputación provincial de Barcelona, que no ha mucho, al solo anuncio de que la concesión de los doctorados podía llegar a ser un hecho, se adelantó a ofrecer a la Universidad, para el día en que esto ocurriera, el sostenimiento de un seminario científico donde se enseñaran en toda su amplitud la Meteorología y las ciencias afines, para que en él pudiera formarse una escuela de especialistas de esta rama del saber, cada día más ligada con las necesidades públicas.

Permitidme que insista con algún detenimiento en la significación que encierra esta oferta, porque interesa de un modo particular a la Facultad de Ciencias, la más necesitada de todas en estímulos de toda clase, ya que es ella, entre las de carácter experimental, aquella de la cual se apartan cada día más las vocaciones de los jóvenes, que no hallan en nuestras licenciaturas ni el porvenir material que pueden esperar de otras carreras, ni siquiera la probabilidad de llegar sin grandes dispendios a los últi-

mos grados de los estudios, que sólo están reservados a los pocos alumnos que pueden sufragar una larga estancia fuera de su país.

Si alguna Facultad sufre en grado máximo las consecuencias de la situación universitaria presente, es la de Ciencias. Dividida en numerosas licenciaturas, que, por un exceso de especialización, limitan ya el porvenir de los alumnos; obligados éstos a pasar largo tiempo en la Universidad Central para obtener el grado de Doctor, sin el cual no pueden tener acceso al Profesorado de Facultad; ante la necesidad de tener que ganar todavía, después de obtener su título, unas oposiciones largas y dispendiosas para alcanzar un puesto del cual vivir, y no con lujo; cerradas las demás posibilidades, ya por la falta efectiva de centros de investigación, ya porque éstos hayan pasado a estar bajo la exclusiva jurisdicción de cuerpos o de institutos determinados, el alumno de la Facultad de Ciencias no tiene delante de sí otra perspectiva, si no gana pronto unas oposiciones a cátedra, que vegetar penosamente en la enseñanza privada, donde toda ilusión por el trabajo científico se pierde y donde las energías más exuberantes se agotan.

El complejo problema de la ciencia en nuestro país, concierne tanto a la Universidad que ha de enseñarla como a las esferas en que ha de ser aplicada. La idea simplista y medieval, pero todavía imperante, de que las Facultades de Ciencias y de Filosofía y Letras son sólo facultades enseñantes, sin otra misión que la de perpetuarse a sí mismas o la de preparar para el ingreso en otras carreras, que incluso por esto fueron calificadas de mayores, pugna ya con el elevado concepto que del trabajo científico se tiene hoy en todos los países cultos. Es verdad que, sostenidos por el Estado, y como auxiliares de los estudios del último grado universitario, hace años que funcionan en Madrid respetables laboratorios científicos de estudios superiores, donde los alumnos pueden especializar su trabajo y orientarlo en el sentido de la investigación personal; pero ni su acción alcanza a los estudiantes

de nuestra Universidad, si no es en mínima escala, ni aun cuando alcanzara, no son tampoco suficientes para entreabrir el porvenir a los que en ellos se educan.

La Facultad de Ciencias, de vida cada vez más precaria, está hoy totalmente descentrada con relación a sus similares. Urge librarla del estigma de facultad preparatoria y abrir ancho campo a su actividad positiva, empezando por enseñar a los alumnos a hacer más que a decir, a experimentar y a deducir más que a repetir las teorías ; pero, sobre todo, facilitando a los estudiosos el camino hacia las aplicaciones sociales de la ciencia, mediante la calurosa protección de todos los conocimientos útiles.

* * *

La iniciativa de la Diputación provincial, de que antes hablaba, plantea la posibilidad de un primer ensayo en este sentido, porque entre las disciplinas científicas para las cuales puede preverse una finalidad práctica más inmediata, figura el grupo de conocimientos que se comprende con el nombre de Geofísica. Por la similitud de métodos y aun por una relación efectiva entre los fenómenos que estudian, estas ciencias forman una categoría natural, hasta tal punto, que cuantas veces se ha tratado de separarlas con vistas a una especialización mayor, otras tantas la realidad ha vuelto a reunir las bajo unos mismos techos y en manos de unos mismos hombres, ayer con el nombre de Meteorología exógena y endógena, más tarde con el de Física terrestre, y por fin con el de Geofísica, que es el que universalmente se ha acabado por aceptar. Los fenómenos de orden físico que se operan en la atmósfera, en los mares y en la tierra son entre sí tan conexos, que hoy son ya muy pocos los hombres de ciencia que defienden la separación de aquéllos en ramas independientes desde el punto de vista pedagógico y de la preparación de personal técnico que quiera consagrarse a su estudio.

Ya con este criterio, funcionaron desde principios de siglo algunos centros de enseñanza; pero ha sido después de la guerra mundial cuando se ha intensificado la creación de Institutos Geofísicos anexos a las grandes Universidades de Europa, agrupando en un conjunto aquellas disciplinas, singularmente la Meteorología y la Sismología, a las cuales se da a la vez un carácter práctico y especulativo. Así han nacido, entre otros, los Institutos Geofísicos de París y de Estrasburgo, en Francia; en Alemania, los tienen todas las Universidades importantes; en Austria, en Rusia, en Italia, los antiguos establecimientos meteorológicos, magnéticos o sísmicos ostentan ya en sus títulos el nombre de la Geofísica.

En España, el último plan de reforma universitaria previó también esta innovación, y la Geofísica se incluyó entre las enseñanzas posibles. Por nuestra parte, no nos fué difícil convencer a nuestros queridos colegas de la Facultad de Ciencias de la conveniencia de incluir a aquélla en uno de los cursos, y así figura como asignatura adicional en la propuesta elevada a la Superioridad por la Universidad de Barcelona. Creemos, no obstante, que esta inclusión en forma de asignatura aislada no puede ser considerada más que como un primer paso, en el que no dejará de adivinarse la timidez con que la nueva enseñanza ha sido recibida, pues cada una de las secciones que esta asignatura deberá abarcar requiere por sí sola un aprendizaje algo largo, y entre todas requerirían el funcionamiento de una escuela completa, de un seminario que fuese a la vez de iniciación y de cultura técnica, y donde los alumnos hicieran en cierto modo vida de observatorio y dedicaran a la Geofísica la mayor parte de su tiempo.

Al hablar así, no pretendo, ni remotamente, recabar para la Universidad jurisdicción ninguna sobre establecimientos científicos que no son ya de su incumbencia, ni conseguir que sea ella la encargada de organizar, ni mucho menos de dirigir, los centros en que aquellos conocimientos han de adquirir todo su valor

como producto de utilidad social. Es más : la experiencia ha demostrado la necesidad de que sean diferentes las instituciones en que se da la enseñanza y aquellas en que se practican las rutinas o quehaceres diarios de observación y de estadística, y mucho más aún aquellas en que la ciencia adopta la forma de aplicación inmediata o de servicio público, hasta el extremo de que no ha muchos años vimos prosperar en una Conferencia internacional la declaración terminante de que las Universidades y los Servicios meteorológicos debían ser independientes entre sí.

La colaboración que, no obstante, ha de existir entre unas y otros ha de ser bastante íntima, hasta en el orden personal, para que su labor no sea divergente y aun para que la enseñanza de las teorías, por un lado, y por otro los procedimientos de aplicación a las conveniencias de la vida práctica, obedezcan a criterios coherentes y se sigan en forma tal que el estudiante pueda pasar, sin sentirse extraño, directamente de la Universidad a los Institutos donde se llevan a cabo los trabajos técnicos.

Por esta razón deseáramos ver instaurada en nuestra Facultad de Ciencias una escuela donde se estudiaran la Meteorología, la Sismología, el Magnetismo terrestre y la Oceanografía, no sólo con la extensión que señalan los progresos modernos de todas ellas, sino también, de un modo más concreto, como base para proseguir los trabajos que hasta aquí se han venido efectuando en España, y más aún para preparar los que en lo sucesivo será indispensable ejecutar.

Podrá objetarse que un programa tan vasto tarde acaso algún tiempo en ser viable entre nosotros. Pero si no lo plantean las Universidades, y si no lo llevan a la realidad en forma de doctrina asequible a todos los jóvenes estudiosos y adecuada a las corrientes modernas y a las próximas necesidades del país, podrá darse el caso de que por encima de aquéllas acometa la empresa en beneficio propio la primera entidad que se sienta necesitada de un contenido visible para justificar su existencia.

Un grave peligro en este sentido, y no despreciable, es la tendencia a la estatización de la actividad intelectual, que parece ser una de las características de la post-guerra. Con diversos nombres, a cual más sugestivo, se han bautizado multitud de organismos que en estos últimos años se han creado para convertir el intercambio intelectual en materia de tratados y de menesteres diplomáticos; y aun cuando no parece probable que la inteligencia humana, que es por su propia naturaleza libre e incoercible, se someta de un modo definitivo a la estrechez de estos moldes, no sería de extrañar que durante algunos años se agudizara todavía el afán de considerar el cultivo de las ciencias como atribución de los Estados, los cuales, por su parte, y a causa de su ingénita inconsciencia en materias que tienen su raíz muy lejos de la política, acaban siempre por declinar su jerarquía en algunos de sus cuerpos técnicos, y éstos, a su vez, por erigirse en depositarios únicos e indiscutibles de la ciencia nacional.

Una ventaja que ofrece la Universidad desde este punto de vista, es que su misión, siempre efusiva y abierta, termina en cuanto ha conseguido entregar a la sociedad hombres aptos e inteligentes, sin que recoja ella misma el fruto material de su obra.

Por fortuna, hoy por hoy, en España, la iniciativa privada y la de las corporaciones regionales y locales comparten todavía con los establecimientos oficiales del Estado el cultivo de la Geofísica, y las excelentes relaciones científicas que entre unos y otros vienen manteniéndose permiten esperar que sea duradera la cooperación que entre ellos se ha establecido.

Modelo entre todas es la organización de los trabajos sismológicos, que empezaron en nuestra península tres observatorios particulares, el Observatorio Fabra, en Barcelona; el del Ebro, en Tortosa, y el de Cartuja, en Granada; fueron después reforzados con los del Observatorio de Marina, de San Fernando, y, finalmente, con los de las estaciones sismológicas que el Instituto Geográfico posee en Toledo, Alicante, Málaga y Almería. Hoy,

gracias a todos estos elementos, cuenta España con una red sísmológica considerable en comparación con las de otros muchos países de mayor sismicidad. Si es en Meteorología, el Servicio del Estado coexiste con el de la Federación agraria de Levante, sostenido por esta Federación y por los elementos regionales de Valencia, el del Observatorio de Igueldo, creado y sostenido por la Diputación de Guipúzcoa, y el Servicio Meteorológico de Cataluña, al que con tanto interés atiende la Diputación de Barcelona, además de las redes climatológicas que para fines especiales han establecido las Confederaciones hidráulicas y los Cuerpos de Ingenieros agrónomos y de montes. Lo mismo podríamos decir de los trabajos de magnetismo terrestre, que hoy no tienen otra base fija que la del Observatorio del Ebro, de propiedad particular, por haber quedado anuladas las otras a causa de la extensión de las redes eléctricas industriales, refiriéndose hoy a los registros del citado Observatorio y a los de Coimbra todas las observaciones que con equipos portátiles pueden realizar en la península los ingenieros geógrafos. En Vulcanología, por nuestra suerte, se bastan los geólogos para estudiar todo lo que aquí puede afectarnos, y sólo para memoria o por referencias a otras tierras presenta algún interés dentro del cuadro general de la Física del Globo. La Oceanografía de nuestra parte del Mediterráneo, por lo que respecta a iniciativas locales, está por empezar, y sólo existe en los resultados obtenidos en las campañas del Príncipe de Mónaco y en menor proporción en los de la Dirección de Oceanografía, que de momento ha tenido que dedicar a otras regiones su actividad y sus recursos.

Esta convivencia de todas las fuerzas disponibles en el país y su colaboración espontánea en el cultivo de la ciencia práctica, no es un punto de partida insignificante, y la Universidad podría ponerse rápidamente en condiciones de preparar a la juventud para que llevara aquellos trabajos a su mayor intensidad y perfección. Ello sería un gran progreso, sobre todo, si su actuación conser-

vase desde un principio una pura finalidad científica, y aun, a ser posible, que no diese lugar a la creación de una nueva licenciatura o de un nuevo título académico, no fuera cosa que a la larga trajera también consigo la creación de un nuevo cuerpo escalafonario, que es lo mismo que decir el surgimiento de un nuevo clan enfrente de los intereses generales del país.

Tal vez sea nuestra época, más que ninguna otra, y aun mejor el momento de transición espiritual por el cual pasamos, la oportunidad más propicia para acometer una empresa de esta clase. En su cartel de cooperación universal, la post-guerra ha escrito en lugar ostensible el nombre de la Geofísica, y cada país ha prometido para ella todo lo que podía dar y mucho más de lo que podía dar. Excluidos de la Unión Geofísica los sabios de la Europa central, respondieron con la creación de una de las asociaciones intelectualmente más poderosas, la *Deutsche Geophysikalische Gesellschaft*, donde colaboran los sabios más eminentes de lengua alemana. Un duelo difícilmente disimulado se ha establecido ya entre ambos grupos, que representan, respectivamente, las dos opuestas tendencias: la estatal y la del trabajo independiente y libre, y son precisamente las Universidades de Alemania y de Austria los elementos promotores de este último en aquellos países. Es probable que no tardemos mucho tiempo en ver cuál de esas dos tendencias triunfa. Si no fallan nuestros informes, acaso sean los representantes de España quienes den la nota más humana en la Asamblea que la Unión Geodésica y Geofísica ha de celebrar el año próximo en Estocolmo, proponiendo que se restablezcan las antiguas convenciones científicas que destruyó la guerra, y en las cuales hombres de ciencia de todo el mundo se reunían periódicamente sin otra ingerencia de los gobiernos que la protección y el aval indispensables para los acuerdos internacionales de carácter ejecutivo. Si ello se consigue, marcaremos con piedra blanca aquel día, que en la obra de restauración lenta, pero continua, con que los pueblos empiezan a res-

ponder a las violencias de los últimos años, será uno de los días más gloriosos en la historia de las relaciones entre los hombres de buena voluntad.

* * *

Señores, me daría por bien pagado si, con lo que a grandes pinceladas he procurado exponeros, hubiera conseguido mostraros una parte, siquiera mínima, de lo mucho que nos falta hacer por la Universidad futura. Y al pensar en ella, pienso sobre todo en vosotros, alumnos y alumnas, que sois para la Universidad de Barcelona, no sólo su esperanza, sino toda su razón de ser.

Llamáis a la puerta de las cátedras en unas horas de prueba. Es frase ya vulgar, la de que existe una depresión de los valores morales. Una ola de vulgaridad acaba de pasar por el mundo, y no era natural que se detuviese en nuestras fronteras. También aquí el romanticismo de las últimas generaciones cede su puesto al sentido utilitario de las generaciones nuevas, y jóvenes de alma envejecida y de necesidades decadentes se afanan por el goce de hoy mientras tiemblan aterrorizados ante la perspectiva del mañana.

No les sigáis, ni participéis de sus terrores. El día de mañana, ahora, como antes, como siempre, será de los héroes. Será de los que hayan corrido tras un ideal y hayan puesto al servicio de él sus energías y su tiempo. Será de los que hayan cumplido el precepto evangélico de pedir, ante todo, el reino de Dios, porque lo demás lo recibirán como añadidura.

Que cada uno de vosotros se forje un ideal elevado, compatible con sus fuerzas, y lo siga. Que lo siga con fe y constancia inquebrantables, y del conjunto de vuestros entusiasmos nacerá el nuevo ideal colectivo que ha de conducir a nuestro país hacia más altos destinos. Seréis entonces vosotros, los estudiantes de hoy, quienes arrebatáis en el torbellino de vuestros fervores a la

multitud anónima de los hombres prácticos y positivos, y cuando al declinar vuestra vida volváis la vista atrás para medir y contemplar vuestra obra, os sentiréis orgullosos de haber sabido conservar el fuego sagrado de los grandes valores espirituales, y tendréis, acaso, un recuerdo de gratitud para esta vieja Universidad de Barcelona, que en medio de amarguras y de limitaciones, se esforzó en guiar por aquella senda vuestros primeros pasos.

